

Capítulo 5

Los solidarios

El terror de los Pistoleros

Fue el compañero Buenacasa, presidente del Comité Nacional de la CNT en San Sebastián, quien aconsejó a Durruti que fuera a Barcelona. Fue en 1920, una época de terrible represión. El gobernador Martínez Anido y el jefe de la policía, Arlegui habían organizado una sistemática campaña de terror' contra los anarquistas de Cataluña. Usaban todos los medios a su alcance. En colaboración con los empresarios de la región, trataron de organizar sindicatos amarillos obligatorios, los llamados «sindicatos libres». Por supuesto, ningún obrero quería adherirse voluntariamente a esos sindicatos. Entonces los empresarios, con la ayuda de las autoridades, formaron ex profeso una banda armada, los llamados «Pistoleros». Estas cuadrillas de asesinos se proponían liquidar a los trabajadores políticamente activos de Barcelona.

Durruti se hizo amigo de Francisco Ascaso, Gregorio Jover y García Oliver, una amistad que sólo la muerte destruiría. Organizaron un grupo de combate y mantuvieron en jaque con sus pistolas a los asesinos de obreros. La clase obrera española vio en ellos a sus mejores defensores. Practicaron la propaganda de los hechos y arriesgaron diariamente la vida. El pueblo los quería, porque no practicaban el engaño político.

El presidente del gobierno, un tal Dato, era considerado como el principal responsable de la campaña de represión desatada en Barcelona. Los anarquistas decidieron ajusticiado mediante un atentado. Y así lo hicieron.

Después se ocuparon del cardenal Soldevila, que residía en Zaragoza. Éste cayó víctima de las balas de Ascaso y Durruti. El distinguido cardenal financiaba, con los ingresos de una sociedad anónima propietaria de hoteles y casinos, los sindicatos libres amarillos y su centro de asesinos en Barcelona.

[Heinz Rüdiger / Alejandro Gilabert]

Conocí a Durruti en Barcelona, en 1922. La CNT ya era entonces una inmensa organización sindical. No sólo representaba a

la mayoría de los trabajadores, sino que controlaba también casi todas las empresas.

Organizamos entonces el grupo Los Solidarios, que después se hizo tan famoso o tan temido. Éramos doce más o menos: Durruti, García Oliver, Francisco Ascaso, Gregorio Jover, García Vivancos y Antonio Ortiz. Al principio éramos sólo una docena en total.

Necesitábamos estos grupos para defendemos del terror blanco. Los empresarios habían formado, de común acuerdo con las autoridades, unidades propias de mercenarios, grupos de matones bien armados y mejor pagados. Teníamos que defendemos. Cuando fundamos nuestra agrupación, ya habían caído, víctimas del terror blanco, más de 300 sindicalistas anarquistas, sólo en Barcelona. ¡Más de trescientos muertos!

Entonces no podíamos pensar para nada en acciones revolucionarias ofensivas. Era la época de la autodefensa. La FAI no existía todavía; se fundó poco más tarde. Por lo tanto, organizamos regionales con gente que conocíamos de los barrios o de la fábrica. Teníamos que armamos y necesitábamos dinero para sobrevivir.

[Ricardo Sanz]

Miembros del grupo Los Solidarios (1923-1926)

Francisco Ascaso, de Aragón, camarero, nacido en 1901.

Ramona Bemi, tejedora.

Eusebio Brau, herrero, asesinado por la policía en 1923.

Manuel Campos, de Castilla, carpintero.

Buenaventura Durruti, mecánico y ajustador de León, nacido en 1896.

Aurelio Fernández, de Asturias, mecánico, nacido en 1897.

Juan García Oliver, de Cataluña, camarero, nacido en 1901.

Miguel García Vivancos, de Murcia, obrero portuario, pintor y chofer, nacido en 1895.

Gregorio Jover, carpintero.

Julia López Mainar, cocinera.

Alfonso Miguel, ebanista.

Pepita Not, cocinera.

Antonio Ortiz, carpintero.

Ricardo Sanz, de Valencia, obrero textil, nacido en 1898.

Gregorio Soberbiela o Suberviela, de Navarra, maquinista.

María Luisa Tejedor, modista.

Manuel Torres Escartín, de Aragón, panadero, nacido en 1901.

Antonio, El Tato, jornalero.

[Ricardo Sanz 2 / César Lorenzo]

Ascaso

Me encontré por primera vez con los dos hermanos Ascaso en Zaragoza. Fue en 1919, cuando la Revolución Rusa aún no se había vuelto autoritaria y ejercía una incomparable sugestión agitativa sobre las masas trabajadoras del mundo, incluso en España.

Los hermanos Ascaso pertenecían entonces al grupo Voluntad, que editaban también un excelente periódico del mismo nombre.

En Zaragoza se produjo, en esa época, una repentina sublevación de los soldados del cuartel del Carmen. Una noche, sin avisar antes a los anarquistas, algunos soldados redujeron a la guardia, mataron a un oficial y a un sargento y se apoderaron del cuartel dando vivas a los soviets y a la revolución social. Luego se dirigieron a la ciudad y ocuparon la central telefónica, la oficina de correos y telégrafos y las redacciones de los periódicos. Como quiera que a las cuatro de la mañana no sabían qué hacer, en su entusiasmo ingenuo y desordenado, decidieron por último regresar al cuartel, y allí se atrincheraron. Al llegar la Guardia Civil se rindieron tras breve lucha.

Por supuesto, la policía trató de arrancar informaciones a los amotinados acerca de los cabecillas e instigadores, pero su esfuerzo fue en vano, porque no los había. La justicia militar se encontró ante el dilema de fusilar a todos o a ninguno. Pero nunca falta un cobarde, y en este caso lo fue el director del diario local Heraldo de Aragón, el cual delató a la policía a siete soldados que habían ocupado su imprenta. Los siete fueron fusilados. El odio que despertó este

adulador, perpetuo calumniador de los anarquistas y los sindicalistas, impulsó a uno de nuestros compañeros a tomar su pistola y acribillarIo a tiros.

Acto seguido, a raíz del hecho, se formuló querrela judicial contra los hermanos Ascaso. El mayor, Joaquín, logró huir, pero el menor, Francisco, un camarero, fue apresado. El dueño, los camareros y los huéspedes del hotel donde él trabajaba, declararon unánimemente que éste estaba trabajando en el momento de ocurrir el hecho. Sin embargo, habría sido seguramente condenado a muerte, como el fiscal había solicitado, si la población de Zaragoza no hubiese opuesto resistencia y proclamado la huelga general para el día del pronunciamiento de la sentencia. Dadas las circunstancias, el jurado prefirió absolver a Ascaso. Al trasponer la puerta de la cárcel el sonriente Ascaso, que entonces tenía dieciocho años, la multitud que lo esperaba gritó: «¡Viva la anarquía!», y nosotros, que aún estábamos presos, nos unimos a ese grito.

Viendo que no encontraba trabajo en Zaragoza y que la policía lo detenía una y otra vez, Ascaso decidió irse a Barcelona. Fue en 1922. Allí se convirtió en uno de los organizadores del sindicato de la alimentación. También actuó en la comisión de enlace de los anarquistas.

Un día me anunció que quería ir a La Coruña y enrolarse allí como camarero; las perspectivas parecían buenas, ya que la provisión de empleos para la flota mercante estaba controlada por sindicalistas anarquistas. Apenas llegó a la ciudad fue detenido, bajo la acusación de planear un atentado contra Martínez Anido, que se hallaba casualmente el mismo día en La Coruña. Como no tenían pruebas, tuvieron que ponerlo de nuevo en libertad. Regresó a Zaragoza, donde vivía su familia. Pero allí volvió la policía a tenderle una trampa. El cardenal Soldevila, instigador de numerosos crímenes contra los trabajadores y los «elementos subversivos», había sido asesinado por manos anónimas al regresar a casa después de visitar un convento de monjas. Como consecuencia hubo detenciones en masa de sindicalistas y anarquistas. En esta razzia cayó también Ascaso. Por lo pronto la policía tuvo que ponerlo en libertad, ya que un guardia y varios presos declararon que en el momento del atentado él se hallaba visitando a alguien en la cárcel. Pero como las autoridades no habían conseguido nada con sus pesquisas, y necesitaban un chivo expiatorio, lo detuvieron otra vez ocho días más tarde. Se preparó un proceso contra él. El fiscal pidió la pena de muerte. Los anarquistas temieron por la vida de Ascaso, ya que entretanto, a través de un golpe de Estado, había tomado el poder el dictador Primo de Rivera, el cual ya había ordenado ahorcar a dos anarquistas. Sin embargo, antes de iniciarse el juicio, Ascaso logró escapar de la prisión junto con otros seis presos políticos.

[V. de Rol]

Jover

Jover era el mayor de Los Solidarios; allí lo apodaban El Serio. Procedía de una familia de campesinos pobres de la provincia de Teruel. Sus padres lo enviaron a Valencia para evitarle las penurias de una vida de jornalero. Allí se hizo colchonero, y encontró trabajo en una fábrica de colchones. Fue encarcelado por vez primera al declararse una huelga en su gremio. En su transcurso se produjeron acciones violentas: los esquirols fueron apaleados, las fábricas sitiadas, y finalmente, como auto defensa contra las represiones de los empresarios, se ajustició al propietario de una fábrica. El comité de huelga fue encarcelado. Jover fue condenado a dos años de cárcel, por instigación a la violencia, lesiones, etc. Muy poco tiempo después de salir de la cárcel, fue encarcelado de nuevo, en esta ocasión por difundir escritos subversivos en los cuarteles.

Por último fue a Barcelona, y allí se convirtió en uno de los militantes más combativos de la proscrita CNT.

La burguesía había desencadenado entonces una violenta ofensiva contra los trabajadores. El terror blanco se intensificaba diariamente. Los arrestos, torturas y fusilamientos de «fugitivos» estaban a la orden del día. A los trabajadores anarquistas no les quedaba otra alternativa que recurrir a la violencia proletaria. Jover, al igual que sus mejores compañeros, se lanzó arma en mano contra las bandas de pistoleros de los capitalistas. Por aquella época ningún trabajador militante podía salir de su casa sin armarse antes hasta los dientes; en los lugares de trabajo la pistola siempre estaba al alcance de la mano, al lado de las herramientas.

El millonario empresario Graupera, presidente de la unión industrial, cayó bajo las balas de comandos armados. Lo siguieron los asesinos policiales Barret, Bravo Portillo y Espejo. Maestre Laborde, ex gobernador de Barcelona, murió en Valencia. En Zaragoza cayeron bajo las balas de los revolucionarios el gerente de una fundición de Bilbao, el propietario de la fábrica de vagones, el arquitecto municipal, un ingeniero de la compañía de luz eléctrica y un vigilante, conocido como delator y negrero. También en Barcelona tuvo que defenderse desesperadamente la CNT. Cada día moría un obrero, y al día siguiente un burgués o un policía. Tres años duró esta lucha

callejera. Martínez Anido y Arlegui, que dirigían la represión desde sus oficinas, no se atrevían a salir al aire libre.

La policía anunció haber descubierto un complot de los anarquistas contra Martínez Anida. Los conspiradores se proponían, presuntamente, matar primero al alcalde de Barcelona, y después, durante su entierro, al que debían asistir Anida y Arlegui, liquidar a los huéspedes de honor con granadas de mano. La represión se intensificó más aún. La violencia proletaria lanzó una contraofensiva. El Club de Caza de Barcelona, donde se reunían los magnates de la industria, fue atacado con granadas de mano, a pesar de la fuerte vigilancia; varios empresarios fueron gravemente heridos. También el alcalde de la ciudad fue herido en un tiroteo, al igual que el concejal católico Anglada. En medio de esta atmósfera de continua lucha, bajo perpetuo peligro de muerte, Jover se destacó por su serenidad y su valerosa energía.

Después de la ejecución del presidente Dato a manos de los trabajadores, Anida y Arlegui tuvieron que renunciar. Los sindicatos fueron legalizados. Las organizaciones pudieron restablecerse. Fue entonces cuando Jover conoció a Durruti y a los hermanos Ascaso.

Después de tres años de sangrienta represión, la primera manifestación pública celebrada en Barcelona tuvo un gran éxito. Una convocatoria del sindicato de obreros madereros bastó para colmar el teatro Victoria, una de las salas más grandes de España. El acto comenzó con la lectura de una larga lista: los nombres de 107 precursores de la CNT caídos. Desde entonces los grupos anarquistas de Barcelona desplegaron una actividad febril. Fundaron centros culturales y escuelas para obreros; su periódico Solidaridad Obrera, alcanzó un tiraje de 50.000 ejemplares y superó así a todos los periódicos burgueses de la ciudad.

[V. de Rol]